

ciente, que no se dejaba mirar. Estaba venerable y hermosa, muy desemejante á la edad que tenia, y como si fuera mucho mas moza. Puestas las manos, y abrazado en amor su espíritu, lleno el rostro de alegría, comenzó aquel blanquisimo cisne á cantar al fin de su vida con mayor dulzura y suavidad que en toda ella lo habia hecho. Porque hablando con su esposo que tenia delante, decia muchos requiebros, y tan amorosas y dulces razones que á todos ponian gran devocion; entre otras decia así: O señor mio y esposo mio, ya es llegada la hora deseada, tiempo es ya que nos veamos. Señor mio, ya es tiempo de caminar, sea muy enhorabuena y cúmplase vuestra voluntad. Ya es llegada la hora en que yo salga deste destierro, y mi alma goce en uno con vos de lo que tanto ha deseado. Y como la que en vida habia sido tan zelosa de la Iglesia, por el aumento de ella habia trabajado en fundar tantos monasterios, daba en la muerte muchas gracias á Dios porque la habia hecho hija de la Iglesia, y porque moria en el gremio de ella, y muchas veces repetia estas palabras: En fin, Señor, soy hija de la Iglesia. Y este era uno de los mayores consuelos que entonces tenia su alma.

Pedia con mucha devocion á Nuestro Señor perdon de sus pecados, y decia que por los merecimientos de Jesucristo Nuestro Señor esperaba ser salva, y á las religiosas pedia rogasen esto á Dios. En todo este tiempo repetia muchas veces estos versos. *Sacrificium Deo spiritus contribulatus. Cor contritum et humiliatum Deus non despicias. Ne projicias me à facie tua; et spiritum sanctum tuum ne auferas à me. Cor mundum crea in me Deus.* Y particularmente y mas de ordinario no se le caia de la boca aquel medio verso: *Cor contritum et humiliatum Deus non despicias*, que son versos de David que quieren decir: Sacrificio agradable es para Dios el espíritu atribulado. Señor, no desprecies el corazon contrito y humillado. No me eches de tu presencia, y no apartes de mí tu santo espíritu. Cria en mí, Señor, un corazon limpio y puro: todas palabras de un corazon humilde y penitente»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Yepes, historia citada.

Con tanta uncion, lleno de verdadero y profundo amor divino, continuó todavia durante algunas horas, recibiendo el Viático y la Extremauncion, en cuyos solemnes actos ella misma ayudaba á decir los salmos, y las preces y oraciones. *Notable respuesta en que se revela su humildad cristiana*, dió al vicario provincial, cuando preguntándole donde queria se llevase su cuerpo despues de muerta, «dijo: ¿tengo yo de tener cosa propia?» «¿aquí no me darán un poco de tierra?...»

Despues de sufrir grandes dolores durante toda aquella noche, quedó tranquila á las siete de la mañana del siguiente dia. Desde aquel momento, fijos sus ojos en un crucifijo que tenia en la mano, encendido el rostro como si la animase celestial contento, absorta toda en la contemplacion de su Dios, permaneció por espacio de catorce horas, hasta las nueve de la noche de aquel mismo dia, en que terminó la vida humana de la Santa, subiendo su espíritu á gozar en el cielo el premio de sus virtudes.

Fué el dia de su glorioso tránsito el jueves 4 de Octubre de 1582 y la duracion de su vida sesenta y siete años y medio, de los cuales vivió en la religion cuarenta y siete, los veinte y siete en la Encarnacion y los veinte postreros en la penitencia y observancia de la primitiva regla, que ella habia restituido á su ascética severidad.

## II.

El importante papel que hace en el siglo xvi la Santa escritora, cuya biografia acabamos de apuntar, es calificada, y no sin falta de razon, como milagroso por algunos escritores de los muchos y muy distinguidos que se han ocupado de la vida y escritos de la Santa<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Citaremos principalmente á este propósito al distinguido académico D. Eugenio de Ochoa en el prólogo á las obras de Santa Teresa, publicada en el Tesoro de Escritores místicos Españoles: Paris, Librería Europea de Bandry.

En aquella época de lucha en que tantas borrascas se habían levantado contra la nave de la Iglesia, profundamente apenada por tantos y tan varios embates dirigidos contra la creencia que llenaba toda su alma, y amando á sus hermanos con la ardiente caridad de su sensible corazón, *lloraba Teresa con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal*, pareciéndole, *que mil vidas pusiera para remedio de una alma de las muchas que se perdían*<sup>1</sup>. Pero, lejos de tomar parte en la difícil lucha con el frío raciocinio, se deja arrastrar por el sentimiento, y no permitiéndole su humildad colocarse entre los defensores de la fé, toma la pluma para revelar los misterios de la oracion, los diferentes grados de unción, y los secretos de la Teología Mística, y hace ver con argumento práctico á los que dudan cuan grande puede ser el talento de una muger cuando el Señor la inspira<sup>2</sup>.

Teresa de Jesús asumió en el amor todas las facultades de su espíritu, todos los sentimientos de su corazón; y amando á Dios por su grandeza, y á la humanidad como á la hechura predilecta del Criador, solo por ese dulcísimo afecto se agitan sus labios, y lloran sus ojos, y escribe su pluma, consiguiendo con el ejemplo, logrando con el sentimiento infinito de su amor sublime, el triunfo de sus santas ideas, á deshora y sin razón alguna combatidas. Y no es extraño obtuviese tan completo éxito cuando sus escritos contrastaban con los de la mayor parte de los prosistas ascéticos del siglo de Carlos V y de los Felipes, los cuales arrastrados por la indignación que les producía la reforma, y temerosos de la ira de Dios, solo presentaban para apartar del contagio á los fieles, terribles cuadros de las penas eternas; con lo cual, si afectaban profundamente, hasta llegar á un fanático desvario, la imaginación de sus contemporáneos, hablaban muy poco al corazón. Teresa, por el contrario, inspirada por el amor divino, solo con el éxtasis celestial en que vive sumida, atrae los corazones extraviados, con el dulce atractivo del afecto y de la ternura; tan íntimamente

<sup>1</sup> Camino de Perfección, cap. I.

<sup>2</sup> Ochoa: loco citado.

abismada en aquel purísimo sentimiento, que al hablar del demonio, no sabe darle peor título que el de, *el desdichado que nunca amó*.

Por eso sus obras ascéticas están llenas de piadoso entusiasmo, de fuerza de talento y de pasión, y valen mucho más que otras de la misma clase, más sabias, más eruditas, más teológicas, si así cabe decirlo, pero escritas con la calma del raciocinio. Con razón dice el docto académico hace poco citado, que «llena del amor de Dios y mirando con horror todo lo que pudiese ofenderle ó apartarla de El, dá á sus palabras un baño, por decirlo así, de ternura, y á sus imágenes un no sé que de infantil, de dulce, de sencillo, que arrebató el alma, abrasa el corazón y seduce los sentidos. Muger y Santa, ama á las criaturas como hermanos, á su Criador como un esposo, y parece que no sabe emplear con aquellas otras palabras, que las que dirige una madre tierna á los hijos de su corazón, ni describir las iras de aquel de quien ha recibido únicamente favores.

No comprendiendo amor ni ventura fuera de Dios, en vez de pintar los horrores del infierno, limitase á decir al espíritu, que en aquel lugar de dolores estará lejos de Dios. Sublime idea que ella por sí sola bastaría para dar á conocer toda la elevación y grandeza de aquel talento privilegiado, de aquel corazón inmenso, sino estuviesen toda su vida y todas sus obras llenas de frases y de pensamientos, no menos grandes que los ya citados.

Razón tenía el tribunal de la Rota Romana, cuando en su informe al papa Paulo V, en 1616, sobre los procesos para la beatificación, decía «que por la altura de los misterios sobrenaturales y divinos de nuestra fé, y otros arcanos celestiales que escribió la dicha bienaventurada Teresa, con admirable ciencia y claridad, se saca gran utilidad y gran fruto espiritual de la lectura, en la Iglesia, á pesar de no haber ella estudiado ni cursado en las escuelas sino que más bien era una muger enteramente ignorante de las sagradas letras, pues toda su doctrina está rebosando en el fuego de la caridad, con que se inflaman los corazones de los que leen estos libros, por lo cual las almas de los fieles se apartan de los vicios y se excitan á las virtudes, y esto

de un modo milagroso, por la eficacia con que el corazón de los lectores, por duro que sea, se ablanda con la compuncion y devocion que inspiran, de lo cual muchos de los testigos citados alegan haberlo experimentado por sí mismos.»

A pesar de tanta fè, tan buena intencion, tanto amor y caridad y tan sana doctrina, Santa Teresa no solo sufrió contrariedades durante su vida, sino que sus escritos fueron tambien objeto de graves censuras. Delatado á la Inquisicion el libro de su *vida*, habiéndole hecho quemar su confesor el *comentario* sobre algunos pasages de los *cantares*, bien pronto aprobaron como buenos sus pensamientos y su doctrina los hombres mas ilustres que en aquel tiempo contaba la Iglesia española. San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, el maestro Juan de Avila, los padres Baltasar Alvarez, Bañez, Ibañez, Barron, Toledo, Medina, Yepes y otros muchos; los obispos D. Alvaro de Mendoza, Velazquez, Manso y otros prelados, dieron en vida de la Santa testimonio de la pureza y sublimidad de su doctrina; y si el nuncio Monseñor Lega recién llegado á España y llevado solo de los enemigos de la gran reformadora, la llamó *femina inquieta y andariega, que se metia á escritora*, cuando despues de dos años de residencia en España pudo admirar de cerca las virtudes de la calumniada fundadora, rectificó su juicio, concediéndole el aprecio á que la hacian acreedora sus especiales conocimientos. No es de extrañar por lo tanto que la Iglesia para dar testimonio de la importancia y sublimidad de los escritos debidos á la inspirada pluma de la Santa, reze continuamente la oracion que para el oficio de ella misma compuso el papa Urbano VIII: *Exaudi nos Deus, salutaris noster, ut sicut de B. Teresiæ virginis tuæ festivitæ gaudemus, ita cælestis ejus doctrinæ pabulo nutriamur, et piæ devotionis erudiamur affectu.*

Elocuentes ejemplos de los efectos producidos por la lectura de las obras de Santa Teresa consignanse con frecuencia en los autores, de los cuales nos contentaremos con citar el que refiere el venerable Palafox en el prólogo de las cartas de la Santa, aquellos notables escri-

tos, tan dignos de estima por el buen pensar como por el bien decir, y en las que se retrata fielmente el carácter y discrecion de la inspirada escritora. Dice así el venerable Palafox. «El año de 1639, solo con leer las obras de la Santa, uno de los mas doctos hereges de Alemania, á quien ni la fuerza de tan patente verdad, ni las plumas de los mas sabios católicos lo pudieron rendir, ni reducir, solo el leer las obras de esta divina Maestra, que él tomó en las manos para querer impugnarlas, por el contrario, fué dellas tan alumbrado, vencido, convencido y triunfado, que habiendo quemado públicamente sus libros, y abjurado de sus errores, se hizo hijo de la iglesia. Y escribió con las siguientes palabras á su hermano el señor D. Duarte de Braganza:—Estando para firmar esta carta, se me acordaron dos cosas, que acontecieron los dias pasados en Breme, en el ducado de Witemberg, ciudad muy nombrada en Alemania, de donde salen los mayores hereges que hay aquí. Era rector della, habia muchos años, uno destes, que tenia dado en que entender con sus libros á todos los letrados de estas partes. Oyendo decir mucho de SANTA TERESA, envió á buscar un libro de su *vida* para lo reprobar y confutar. Escribió tres años sobre ella, quemando en un mes lo que en los otros escribia, resolvióse, en fin, que no era posible, sino que aquella santa seguia el verdadero camino de la salvacion, y quemó todos los libros. Dejó el oficio, y todo lo demás, y en breve se convirtió el dia de la Purificacion pasado, en que le ví comulgar con tanta devocion y lágrimas, que se veía era grande la fè que tenia. Vive como quien se quiere vengar del tiempo perdido. Escribe ahora sobre las epístolas de San Pablo refutando lo que sobre ellas tenia perversamente escrito.»

Descendiendo de la doctrina á la forma, el estilo de la santa escritora ofrece cierta desigualdad y descuido, que algunos califican de lunares, pero que nosotros preferimos á un estilo rebuscado y difuso, impropio de las expansiones del corazón, que dictaba sus admirables pensamientos. «¿Qué importa, esclama el célebre Capmany, si algunas líneas echadas sin esmero ni aliño, y con la distraccion de un alma engolfada en gravísimos y muy diversos cuidados, dan mas